

Antonio RAYMUNDO IBÁÑEZ, marqués de Sargadelos, *Discursos económico-políticos sobre la restauración de los montes y plantíos en España (1802)*, ed. de Joaquín Ocampo Suárez-Valdés, Oviedo, Xunta de Galicia/Real Instituto de Estudios Asturianos, 2009, 190 págs.

Poco ha llegado hasta nosotros de la vida y la obra de Antonio Raymundo Ibáñez, (1749-1809), marqués de Sargadelos. Incluso para los especialistas e iniciados, la pervivencia de su obra pareciera reservada a la sólida evidencia de su actividad empresarial más conocida, las cerámicas de la fábrica de loza de Sargadelos, marca comercial aún reconocible hoy, por encima de sus Reales Fundiciones de Sargadelos, que estuvieron destinadas a la munición militar hasta su desaparición en 1875. El protagonismo excluyente de su faceta de empresario ha favorecido, en efecto, el oscurecimiento de sus ideas y su obra escrita, aun cuando ésta no mostrara altas cotas teóricas y dirigiera sus intereses a la aplicación práctica más inmediata. En cuanto a los avatares de su vida, poco se conoce también de Ibáñez aparte de su nacimiento en Santalla de Oscos, Asturias, y su infame asesinato en Ribadeo en 1809, en un motín ya preludiado en 1798, a manos de hordas dirigidas por los intereses y grupos del Antiguo Régimen. Éstos veían amenazadas sus rentas sobre la tierra y su poder por la actividad industrial del marqués, que con mayor provecho reclutaba para sus hornos brazos, tierras y montes. Un retrato de ingredientes tan escasos sólo era capaz de derivar en la fácil caricatura de un hombre de la Ilustración más emprendedora asediado por la costumbre y derrotado por la barbarie de un país poco audaz y comprensivo hacia los impulsos de la modernidad; un empresario vocacional, antes que un acomodaticio rentista, y un capitalista empresarial que quería dejar atrás el modelo de «manos muertas» del especulador comercial: quizá, como recuerda aquí Joaquín Ocampo, un retrato un tanto exagerado, respecto a los alcances reales de la modernidad de las actividades y el pensamiento de Ibáñez. Por eso, no es absurdo afirmar que, antes que de la historiografía, y más allá de la labor de autores como J. E. Casariego, Máximo Fuertes Acevedo, Constantino Suárez o Pablo González-Pola, una de las herramientas más plausibles para el conocimiento de Ibáñez no ha tenido más remedio que proceder de la estricta verosimilitud literaria, por medio de la novela *Azul cobalto* (2001), del gallego Alfredo Conde.

El trabajo de Joaquín Ocampo Suárez-Valdés ha venido a unirse en el intento de corregir esas precariedades historiográficas. El rastreo documental del profesor de economía de la Universidad de Oviedo e investigador del Instituto

Feijoo de Estudios del Siglo XVIII ha dado en la recuperación de este volumen con cinco discursos de Ibáñez que se suponían perdidos, cuando no se tenían por noticias erradas o meras especulaciones que nunca podrían rendir su aparición. Se trata de los *Discursos económico-políticos sobre la restauración de los montes y plantíos en España*, firmados por Ibáñez en Ribadeo en julio de 1802, y dedicados y dirigidos a Godoy, con quien se le suponía unido por la amistad. El volumen había quedado al menos registrado como tal en el catálogo de 1859 de la biblioteca de la Escuela de Ingenieros de Madrid, si bien desde entonces se daba por desaparecido. Las más de las veces, el dato se suponía erróneo, quizá confundido con otros discursos análogos de Ibáñez sobre el tema, como los que Somoza llegó a inventariar y editar en 1927 como parte de los inéditos de la biblioteca del Instituto Jovellanos de Gijón. Ahora, con plena certidumbre de su existencia y su autoría, el reciente bicentenario de la muerte del ilustrado empresario astur-galaico sirve de oportuno marco para el conocimiento de estos manuscritos inéditos salidos de su pluma.

Casi tanta atención como la del hallazgo de este documento merece el valioso estudio crítico a cargo de Joaquín Ocampo. El propósito general que, de acuerdo con el editor, guía su texto queda de sobra cumplido a lo largo de las páginas preliminares, que llegan a exceder a las del propio manuscrito: asociar en una sola las imágenes de Ibáñez como empresario e ilustrado, que hasta ahora se mostraban por separado. Por lo mismo, el editor ensaya aquí el encuadre definitivo de Ibáñez en su generación, como uno más de los economistas de la Ilustración tardía española, sin que su incansable actividad distraiga del pensamiento y la reflexión que la animaron. La consecuencia entre el pensamiento del marqués y su actividad empresarial y fabril se descubre a la luz del estudio de Ocampo. La rigurosa estructuración lógica del análisis introductorio se propone demostrar la importancia contemporánea del asunto de estos discursos —la conservación y mejora de los mermados bosques y plantíos españoles—, así como la trascendencia central que el propio Ibáñez le concedía en su actividad; todo esto, entre una profusión y detalle de datos que atrae para la lectura y provecho de estos discursos tanto al estudioso como al lego.

Así pues, el estudio de Ocampo aporta dos grandes certezas: la primera, la importancia fundamental del tema de estos discursos en la época y en la propia trayectoria empresarial de Ibáñez, sin llegar a la altura de otros autores, pero sin duda con mayor interés personal que ellos en el asunto: entre muchos otros, Campomanes, con su *Idea segura para extender y adoptar en España los conocimientos verdaderos de la agricultura* (1763); o Jovellanos, con el *Informe de Ley Agraria* (1795). Se trata aquí, en efecto, del interés estratégico de los combustibles vegetales —leña o carbón vegetal— en un momento en que las

fundiciones españolas y las ferrerías y mazos del noroeste aún no eran capaces de realizar una fundición «a la inglesa», con carbón mineral, o al menos no con la rentabilidad necesaria. Ya fuera con el inmediato destino de sus altos hornos de Sargadelos, ya con la intención de explorar nuevas aventuras empresariales ofreciendo abaratar el proceso de extracción y tratamiento del carbón de hulla de las minas de la cuenca asturiana del Nalón, las observaciones y reflexiones de Ibáñez no pierden detalle de su posible aplicación, y se mantienen ajenas a cualquier tentación de patentar rígidos sistemas. Antes bien, como apunta Ocampo, «pese a la apariencia de dispersión que presidía su producción escrita [...], el hilo conductor del utilitarismo la dotaba de continuidad» (pág. 74).

La segunda certidumbre con que el estudio preliminar de Ocampo pertrecha al lector es de más amplio espectro ideológico, y se dirige hacia el terreno de la especulación económica y política. El editor convoca así al texto a un nivel de atención que interesa en cualquier circunstancia, por si el interés del texto que nos anunciaba en el anterior eje (el de la importancia estratégica de la madera) no fuera suficiente para algunos lectores. Se trata de la disquisición entre el ya por entonces viejo fisiocratismo estatalista y el nuevo liberalismo smithiano: casi un diálogo filosófico que en el seno de la ideología de Ibáñez encontró su expresión lejos de cualquier cartesianismo ideológico o del interés más chato. Si bien Ibáñez se decanta en estos discursos por el liberalismo individualista como fuente de prosperidad y aboga por el rompimiento privado de los montes comunales como remedio para el abandono o el abuso de los montes madereros, esto no le impide prevenir aquí mismo acerca del «ídolo del interés privado»: «No por eso pretendo establecer una libertad absoluta, la cual sería tal perjudicial como lo fueron hasta ahora las restricciones» (pág. 138). No en balde, apostilla el editor, Ibáñez conoció lo bastante como para combatir la legislación proteccionista existente, pero no vivió lo suficiente para comprobar que el desastre agrícola y maderero se completaría con el desmesurado liberalismo económico posterior.

Nos encontramos ante un feliz descubrimiento y una ocasión para celebrar, además, que la recuperación de este documento inédito se apoya en un estudio preliminar que engrosará la mejor bibliografía del personaje, donde se pondera el retrato de Ibáñez a la luz más cierta de la posteridad: ni tan avanzado a su tiempo, ni retenido por el peso de un pasado a cuyos privilegios no dejó de apelar; ni regalista, ni liberal ventajista; en todo caso, víctima de una de las dos grandes ignominias de la recepción de la Ilustración en España. Como sugiere Joaquín Ocampo, esto no hace sino reevaluar la figura de Ibáñez por encima de unas limitaciones que quizá eran menos suyas que de su época: «el trágico final de Ibáñez, como la inicua prisión de Jovellanos, vienen a demostrar que

en aquel final de siglo en que [...] algunas naciones trataban de construir un orden institucional liberal, en España, las opciones [...] no se debatían entre la reforma o la revolución, sino [...] entre despotismo ilustrado o despotismo no ilustrado» (pág. 114).

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ
Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Oviedo